

La tragedia de Yugoslavia

El sufrimiento de dos pueblos

Por Raúl Alfonsín

(Para La Nación)

NUBAMENTE el drama de la guerra se ha instalado en Europa y las imágenes e... can un pasado que considerábamos sepultado. El siglo XX culmina en la misma geografía que lo vio nacer en Balcanes, donde estalló la Segunda Guerra Mundial. También una profecía terminó autocumplirse y la OTAN, la organización creada para contener al comunismo, convirtió en realidad la hipótesis de una guerra en Yugoslavia. Si buscamos explicaciones del drama actual, lo menos recomendable es apelar a los reduccionismos. Remontarnos al siglo XIV para encontrar el inicio del conflicto entre serbios y albaneses o analizar las consecuencias de la disolución del Imperio Austro-Húngaro en el territorio que hoy es Yugoslavia constituye un ejercicio histórico insuficiente. En verdad, el drama de la ex Yugoslavia se inició cuando el comunismo entró en retirada luego de la caída del Muro de Berlín. En ese momento muchos dirigentes de la nomenclatura, con el fanatismo del converso, abandonaron el comunismo y se abrazaron a un nacionalismo enfermizo que alimentó la búsqueda de la identidad a través de la diferencia. Por esa razón, la solidaridad, el líder serbio, paradigmáticamente encarna esa mutación y para retener el poder no dudó en destruir la delicada ingeniería confederal que durante años construyó Tito. En 1989 fue desconocida la autonomía de Kosovo y en 1990 se impuso un nuevo sufragio. Paralelamente imponían a Yugoslavia a través de las guerras que Serbia sostuvo con Eslovenia, Croacia y Bosnia. Macedonia tuvo mejor suerte y se independizó sin grandes traumas.

El doble estándar de la OTAN Mientras Europa Central y la ex URSS iniciaban la gran aventura democrática, los Balcanes quedaron sumergidos en la guerra, como si estos pueblos estuvieran excluidos de antemano a la lucha por la independencia. La responsabilidad anida en la clase dirigente serbia, portadora de un irredentismo fanático y responsable de políticas genocidas y de "limpieza étnica" en Kosovo y Bosnia. En 1990 se impuso un nuevo sufragio que está recibiendo por parte de la OTAN. La intervención de la OTAN no se corresponde con el derecho y está en abierta colisión con un principio fundamental: la no intervención. Al desplazar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el órgano encargado de la resolución y preservación de la paz internacional, la OTAN no sólo está vaciando de contenido a esa instancia sino que también contribuye a que se instalen las semillas del "desorden internacional". Sin legalidad y sin legitimidad la OTAN pretende imponer una especie de "santa alianza" que se arroga la facultad de intervenir donde ella lo estime conveniente sobre la base de sus cálculos e intereses. El doble estándar y el casus belli explican por qué el genocidio en los Balcanes no es tolerable para la OTAN. El genocidio en Ruanda en la Región de los Lagos, en África Central, no aparece en la agenda externa de sus miembros.

Un método que fracasó en Irak Los bombardeos que sufrió Yugoslavia supuestamente buscan obligar al presidente Milosevic a aceptar el plan de paz presentado en las recientes rondas diplomáticas de Rambouillet. Como se sabe, Milosevic no acepta que la OTAN imponga el cumplimiento de los acuerdos que reconocen a Kosovo la autonomía perdida. El método elegido por la OTAN está asociado a una apuesta implícita, ensayada sin éxito en Irak, que trata de impulsar la caída de Milosevic por medio de un golpe de estado.

El régimen de Belgrado logra sobrevivir, muy probablemente el nacionalismo étnico se habrá consolidado, mientras que la crisis de Kosovo se agravará. La expansión de la guerra es casi inevitable y Bosnia en particular, se verá involucrada, al igual que Macedonia, una república donde habita una importante minoría albanesa. El sueño de la "Gran Albania" es un fantasma que atormenta a la estrategia de la OTAN. En el momento de la intervención, será posible la preservación y la consolidación de la paz. Decididamente no es posible que nos convirtamos en meros espectadores de una guerra que nos llega por medio de la pantalla en "tiempo real", mientras los actores de este drama sufren y mueren en un conflicto que pudo ser evitado y debe ser detenido. © La Nación

El autor fue presidente de la Nación.



Un chico albanés mira por la ventanilla del vehículo que lo trasladó de Kosovo a Macedonia (RFE/ARF)

Viejos y nuevos demonios

Por Carlos A. Floria

(Para La Nación)

PARIS La tragedia de Kosovo ilustra el engranaje desesperante que se pone en movimiento a la medida de sueños ultranacionalistas y la capacidad de los ambiciosos de "penetrar en el Mal", como supo escribir con maestría memorable el muy cristiano y republicano Maquiavelo. Penetrar en el mal, y permanecer en él, según biografías personales y nacionales a las que no cabe sino acudir en estas breves reflexiones. Porque hay en todo esto, terrible y riesgoso, ingredientes envenenados. Del lado serbio, orgullos ancestrales en grandezas pasadas, reales e imaginadas, megalomanía, resentimientos, el sueño cultivado de la "Gran Serbia" sobre los escombros del comunismo "yugoslavo". Con el resullido de la pérdida de territorios, de vidas, de la estima del mundo y de la guerra. Del lado albanés, reivindicaciones históricas que afirman en sus propios sueños a un pueblo que representa hoy el 90 por ciento de la población de Kosovo, que se remontan a otros imaginarios venidos del siglo III a. C. y realidades como la Constitución de 1974, que reconocía a Kosovo como un "elemento constituyente" de la República Yugoslava, aunque el estatuto de república no fue concedido a la provincia.

impusiese a golpes de obuses y de crímenes contra la humanidad una manifestación de nacionalismos étnicos extremos.

La conciencia de Europa

La tragedia de Kosovo conmueve a Europa de manera determinante porque es sorprendente en medio de un salto hacia su construcción política, cuando se creía que el drama del enfrentamiento de legitimidades nacionales escarapada pertenecía al pasado que Hannah Arendt y Francis Fukuyama habían remitido al "misterio del mal en el siglo XX". El sentimiento europeo, perspectiva dominante de estas reflexiones, se ve ensombreado hoy por cuatro factores.

La democracia no nos viene dada de una vez para siempre: hay que cuidarla, cultivarla, reinventarla y honrarla.

La tragedia de Kosovo evoca uno, como motivo de desilusión y, ahora, de angustia, por la dificultad de la Europa unitaria para guardar la paz dentro de sus bordes. Un segundo factor es el escudimiento formidable que produjo la dimisión colectiva de la Comisión Europea, en una crisis sin precedentes, consecuencia de la actitud frente a conductas de una burocracia que actuaba, con excepciones, fuera del control de representantes legitimados por sus pueblos. Un tercero es la situación del euro, lanzado en medio de la euforia hace pocos meses y luego acosado por el dólar. El cuarto factor es el excesivo parroquialismo de la mayoría de los partidos y clases políticas, encañados en querrelas internas que no van dejando espacio a la idea y a la consolidación de Europa. ¿Cómo favorecer la unión, se dice, si la desunión parece un deporte nacional? En este contexto trágico y tenso, el episcopado francés eligió uno de

los ojos de la reflexión de las Pasucas y produjo un documento sugerentemente titulado Rehabilitar la política.

Un fenómeno de la cultura

Expresión significativa. La democracia tiene memoria corta y puede desperdiciar sus triunfos. No hace sino medio siglo que venció sobre las experiencias de las guerras más terribles de todos los tiempos, de la abominación nazi y sus obsesiones racistas. Apenas diez años han pasado desde que la implosión del imperio soviético relegó lo que había de mesianismo marxista a los deshechos de la historia. Marginaladas las visiones absolutistas, la democracia debe enfrentar la proximidad al desencanto y la indiferencia. La tentación de olvidar que la democracia no es un hecho de la naturaleza sino un fenómeno de la cultura. La democracia no nos viene dada de una vez para siempre: hay que cuidarla, cultivarla, reinventarla, y honrarla. Hay que transmitir ese pensamiento para la acción a las generaciones sucesivas, tentadas por la creencia de que la democracia está en la naturaleza de las cosas en vez de considerarla un regalo del genio humano aplicado a la política.

El documento episcopal también es una invitación a retornar a la esencia de lo político y su dignidad. Y cuando debe elegir entre los objetivos de lo político traducido en políticas, recuerda lo que significa la democracia como método para domar la violencia. Hay un después de Kosovo. Hay muchos "Kosovos" actuantes y latentes en el mundo (véase, sino, África y sus dramas). Hay una globalización necesitada de solidaridad en dimensiones mundiales. Hay viejos y nuevos demonios, que los nacionalismos absolutizados muestran que hay que tener a raya. Hay, en fin, la apelación a respuestas para la cuestión original del Génesis: "¿Qué has hecho de tu hermano?" Cuestión que vale para todos, inmemorial, si bien. © La Nación

El autor es embajador argentino ante la Unesco. Su último libro es Pasiones nacionalistas (Fondo de Cultura Económica).

En un mensaje de despedida de la presidencia, en 1794, una vez cumplido un segundo mandato de cuatro años, George Washington firmó un registro para asegurar el imperio de la ley sobre el gobierno de los hombres. Washington cerró ese texto, que citamos según la traducción de Manuel Belgrano, con el siguiente: "Miro con satisfacción la participación del retiro donde me prometo realizar, sin mezcla, el dulce placer de participar, en medio de mis conocimientos, del infuso benigno de las buenas leyes bajo un cielo no libre, objeto siempre favorito de mi imaginación y la feliz recompensa, como lo espero, de maestros cultos, trabajos y peligros." Como hemos recordado muchas veces, los norteamericanos respetaron a rajatabla este principio hasta que Franklin Delano Roosevelt, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, llegó a un acuerdo por un tercer mandato y una segunda reelección. Posteriormente,

superado este episodio, una enmienda a la Constitución respaldó la regla de Washington con un estricto criterio institucional: una reelección y nada más.

Tradiciones presidencialistas

De este modo cobró renovados bríos el régimen presidencialista norteamericano durante la segunda mitad del siglo XX. La regla de los ocho años así establecida tiene, por lo menos, dos consecuencias prácticas: renueva los liderazgos y al mismo tiempo, los unifica. Una vez que el presidente saliente regresa a su casa, deja de gobernar ese país poderoso y no vuelve jamás a la palestra (salvo para realizar alguna misión que para nada roza el liderazgo del presidente en funciones sobre el escenario y el partido). El camino que emprendió el presidencialismo latinoamericano ha sido diferente. México, por ejemplo, desde su principio de independencia, decidió de un modo que, tras un período de seis años; otras

Irse a casa

Por Natalio Botana

(Para La Nación)

naciones, como Venezuela y Uruguay, practican el sistema de un mandato con un intervalelo u otros dos períodos, y nosotros hemos combinado los dos sistemas habilitando una reelección inmediata y otra posible, una vez transcurrido un período de cuatro años (si se respecta la Constitución, Menem podría ser candidato en el 2003). Estas variantes tienen efectos importantes sobre la unificación del liderazgo: en el México no reeleccionista, aun en el marco de un partido hegemónico, el liderazgo pasa de presidente a presidente. Uruguay y Venezuela presentan, por su parte, experiencias disímiles: si el segundo turno del presidente Julio María Sanguinetti ha sido eficaz, el regreso al poder de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera para desempeñar un segundo mandato, lejos de morder la crisis venezolana, la agravó. Después luego, en estos análisis se deben considerar, con la misma atención que merecen las instituciones, los antecedentes históricos y estilos de los partidos, en suma, lo que ahora se llama cultura política: no es semejante el choque de liderazgos en el seno de la tradición partidaria del Uruguay, fragmentada pero de convicción, que en la tradición movimentista del justicialismo, forjada a normal principio de la Jefatura o del caudillaje. Esta doble dimensión -la institucional y la que arrastra la carga

histórica de los liderazgos en los partidos- explica los conflictos que hoy suceden al justicialismo. Por la tradición que heredó el partido de Perón, los justicialistas no funcionan sin un liderazgo unificado; por las expectativas que derivan de las normas constitucionales, el presidente que concluye su mandato sabe que, luego de cuatro años, puede volver.

Dos hombres en pugna

El fin del menemismo, cuyos espasmos seortamos durante los próximos meses, anuncia peces nuevos conflictos. La Constitución reformada (igual que su antecesora) no clausura la trayectoria del liderazgo sino que le asegura, si todavía sufre con regresar al poder, un resuello entre dos ciclos, así como una breve estadía en Alianza muy diferente de la que Washington imaginaba para él en casa de Mount Vernon, a orillas del Potomac. La pugna entre Menem y Duhalde, en un partido siempre inclina-

La Argentina ante el conflicto

Por Domingo F. Cavallo

(Para La Nación)

EN estos días asistimos conternados al recrudescimiento de la crisis en Yugoslavia, que motivó la intervención militar de la OTAN tras el fracaso de los intentos por lograr que el presidente yugoslavo, Slobodan Milosevic, se aviniera a firmar los acuerdos de paz para Kosovo. Ante esta situación, la Argentina debe tomar una posición clara. En la época en que fui canceller, y con motivo de la Guerra del Golfo, dije: "Si la Argentina quiere participar de los beneficios del proceso de gestación de un nuevo mundo de paz y progreso debe asumir las responsabilidades. Frente a la actitud del régimen de Bagdad, la indiferencia implica atraso y aislamiento".

Legalidad de la intervención

Ante la gravedad de la situación en Yugoslavia hoy debemos ser coherentes con estos principios. El primer punto que cabe analizar es el de la legalidad de la intervención. Se sostiene que es un problema interno de un Estado soberano y que, como lo dice la Carta de Naciones Unidas, se debe respetar su integridad. Sin embargo, las atrocidades cometidas por Milosevic justifican claramente la aplicación de sanciones enmarcadas en el capítulo VII de la Carta, ya que en este caso se halla en juego otro de sus principios fundamentales, que es el del respeto a los derechos humanos. Sin embargo, la segura aplicación del derecho de veto por parte de China y de Rusia no ha permitido que la aplicación de medidas de fuerza cuente con el apoyo del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que es el órgano en el que descansa la responsabilidad primaria cuando se trata de mantener la paz y seguridad internacionales. Ambos países, que junto con Namibia votaron en favor de condenar la intervención de la OTAN y que perdieron dicha votación por 12 a 3 (la Argentina está entre los países que votaron en contra), tienen la misma postura en su propia realidad interna (en Tibet y en Chechenia), que son puntos en los que tanto China como Rusia, respectivamente, deberán dar algunas explicaciones a la comunidad internacional.

Otra los países que se suma, casualmente, a la posición de esas dos potencias es Irak, que en palabras de un vocero del gobierno afirmó: "El uso de la fuerza, amenazas políticas y vergonzosa interferencia en los asuntos internos de los países significa una peligrosa amenaza a la paz mundial y a los derechos de la gente". Justamente, el régimen de Saddam Hussein llegó, como es bien sabido y documentado, a utilizar armas químicas contra la minoría kurda del norte del país. En este marco, y con esa clase de apoyos (al que podemos sumar al libro Muktamad (Mukhadaf), mientras la OTAN ataca objetivos militares, Milosevic se toma venganza con la población albanesa de Kosovo, profundizando las horribles operaciones de "limpieza étnica" que nos hacen recordar las más negras de la Segunda Guerra Mundial. Milosevic, que sólo fuerza apelando al nacionalismo serbio más fanático, ha montado una máquina de propaganda estatal por los medios que por ahora lo sostiene en el poder y que los argentinos, por experiencia propia, sabemos bien como termina. Ante la realidad que se vive en los Balcanes y de la comunidad internacional, declamar, en lugar de actuar, lleva a que el transgresor cumpla su cometido. (Por supuesto que la comunidad internacional debe evaluar con prudencia la idea de ampliar la ofensiva incluyendo tropas, tema que es producto de fuertes debates en los Estados Unidos. No creo que en las presentes circunstancias el envío de tropas sea lo más acertado.)

Situación de los refugiados

Mientras Milosevic tuvo tiempo para retrasar su negativa final a firmar los acuerdos de Rambouillet, murieron inocentes (como está documentado en un informe del secretario general de las Naciones Unidas). Este panorama se ve agravado por cientos de miles de refugiados que cruzarán las fronteras escapando del genocidio.

Estimaciones conservadoras hablan de más de 400.000 refugiados, la mayor cantidad de personas desplazadas en Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La magnitud del problema es tal que exige una solución coordinada de la comunidad internacional.

Por ello, la Argentina debería apoyar y colaborar con los esfuerzos de Naciones Unidas para el apoyo de la población albanesa-kosovar, mostrando predisposición a recibir parte de esos refugiados en nuestro territorio.

Tanto las acciones que lo ocurre en Kosovo pasan un largo período del mundo y que, de hecho, en muchos lugares no se ha realizado ni se realiza nada para evitar actos de genocidio. Esta vez, Occidente ha decidido actuar en pos de la paz y la estabilidad en el sudeste de Europa, y los argentinos, sobre todo teniendo en cuenta nuestra responsabilidad como miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y nuestra participación en la zona con cascos azules, debemos acompañarlo. © La Nación

El autor es candidato a presidente de la Nación por el partido Acción por la República.